

EL VOLANTÍN



Juan es un niño pelirrojo, de grandes cachetes pecosos, con una sonrisa que parece dibujada. Vive en una casa pequeña, llena de fantasías y enredaderas de colores.

A Juan, como a muchos niños, le encanta acostarse en el pasto para mirar el cielo. Se puede pasar horas contemplando las nubes y buscándoles parecidos; lo curioso es que siempre les encuentra formas de aviones. Aviones grandes, aviones chiquitos, aviones gordos y cortitos, aviones flacos y largos.

Muchos años atrás, su abuelo había sido piloto y Juan soñaba con vivir las mismas aventuras que le contaba su abuelo. De piratas aéreos con un ojo parchado y sables de acero, de castillos de nubes, con ventanas altas y princesas de Sol que bailaban entre los aviones.

Su abuelo le decía que la Luna amiga abrazaba de noche a los viajeros, susurrándoles al oído canciones de cuna que luego repetían sin saber cuándo la habían aprendido y que los pájaros ayudaban a todos los aviones que necesitaban un empujón para alzar vuelo. Su abuelo siempre tenía una historia para contarle y Juan escuchaba atento y feliz, imaginándolo todo.

Una tarde de otoño, de esas en que las hojas de los árboles saltan desde sus ramas y caen girando lentamente, Juan decidió volar. Como no podía pilotear un avión porque era muy pequeño, se propuso fabricar un volantín que lo llevaría adonde él quisiera.

Tardó varios días en armarlo, primero la estructura de madera liviana, unos clavitos por aquí y unas martilladas por allá. Luego, los papeles de colores, con cuatro tonos brillantes, el ovillo de hilo para amarrarlo y, no podía faltar, una cola larga llena de moñitos multicolores.

El volantín terminó pareciéndose a un trompo; tenía la forma de un rombo y estaba dividido en cuatro grandes fragmentos a los que Juan les había asignado un color diferente. El primero era amarillo y en él había dibujado un Sol enorme que calentaba con solo mirarlo; el segundo era de color naranja y tenía pegada una hoja grande de ambalá; el tercero era azul oscuro y tenía pintado grandes copos blancos que daban frío al tocarlos; el cuarto y último era muy colorido y tenía flores pegadas de todos los tamaños y formas que nos podemos imaginar.

"Las estaciones", así había decidido bautizar a su volantín. El nombre le venía como anillo al dedo, ya que era realmente un gráfico de las estaciones del año: verano, otoño, invierno y primavera, cada uno con sus colores e imágenes característicos.

Maria Julia Suelto Bianchi 27

Cuando por fin terminó de armar, pintar y colar, Juan decidió probarlo. Salió al jardín, amarró el cordel al tronco de un árbol, dejando bastante hilo libre para que pudiera volar.

Como el volantín era casi tan grande como él, Juan se subió encima desplazándose con cuidado y se recostó sobre él agarrándose de la punta como si fuera un volante. Cerró los ojos y esperó pacientemente que la brisa le susurrara cuál era el momento adecuado para despegar.

Luego contó: 1., 2., 3., y el volantín empezó a elevarse como por arte de magia, haciendo que Juan cabalgara entre las nubes, sintiendo la premura del viento sobre su rostro.

Cuando hubo alcanzado la altura necesaria, Juan colocó su mano derecha en el dibujo de las flores e inmediatamente apareció sobre un campo florido, lleno de mariposas que aleteaban elevando el perfume de las flores que Juan, al pasar, guardaba en un frasquito. "A mamá le va a encantar este perfume de flores", pensaba.

Maria Julia Suelto Bianchi 29

Cuando se cansó de las flores y mariposas que le hacían cosquillas al posarse en su nariz, tocó el dibujo de la nieve y las flores y mariposas desaparecieron. El aire se puso frío y al mirar hacia abajo vio que sobrevolaba una montaña nevada, donde varios esquiadores hacían piruetas y un grupo de niños armaban un muñeco. Juan descendió un poquito, lo suficiente como para tocar la nieve y hacer con sus manos una pequeña bola que arrojó sobre los niños, dando inicio a una batalla fría.



Los copos de nieve iban y venían entre las carcajadas de quienes los lanzaban, hasta que alguien le acertó a Juan en la cabeza y casi lo hizo caer del volantin. A Juan eso ya no le gustó, por lo que bajó la mano hasta el centro del volantin y tocó justo en el medio de los cuatro dibujos. Inmediatamente después apareció en el jardín de su casa.

Cansado y con hambre por tanto juego, volvió a su silla de ruedas y entró a merendar, imaginando las aventuras que le esperarían al siguiente día cuando volviera a montar su volantín para visitar el verano y el otoño.



RESPONDE LAS SIGUIENTES PREGUNTAS

¿CÓMO SE LLAMA EL NIÑO, PELIRROJO DE GRANDES CACHETES PECOSOS?

¿MUCHOS AÑOS ATRÁS QUE HABÍA SIDO EL ABUELO DE JUAN?

¿POR QUÉ JUAN NO PODÍA PILOTEAR UN AVIÓN?

¿CÓMO ERAN LOS PAPELES QUE COLOCÓ AL AVIÓN?

¿A QUÉ SE PARECÍA EL VOLANTÍN?

¿CON QUÉ NOMBRE LO BAUTIZÓ SU VOLANTÍN?

¿DÓNDE LO PROBÓ JUAN SU VOLANTÍN PARA VER SI VOLABA?

¿CÓMO TERMINÓ JUAN DESPUÉS DE TANTO JUGAR CON SU VOLANTÍN?